

todo en la enseñanza cívica que cobraba en su voz características de pasión y fe, porque sintetizaba el propósito de la teoría docente sobre la patria en desarrollo.

Del Maestro escuchamos con quebrado acento los episodios de la secesión del Istmo. La sanguinaria agonía de las guerras fratricidas en medio de las cuales rindió la jornada su más selecto hermano adolescente, el sacrificio pálido del Señor Sanclemente y muchas escenas dignas de la péñola del gran Pérez Galdós. La mañana luctuosa de Barrocolorado, la Constituyente republicana de Carlos E. Restrepo y muchas páginas más, revividas con adjetivos enfervorecidos que él convertía en mística vocal, fijada severamente en el carácter de nuestra formación nacionalista. Era el Maestro implacable con los débiles y los manumisos; disculpaba muchas fallas menos los esguinces del alumno timorato. Era un guerrero del calificativo y un hidalgo indomable, siempre en trance de hacer sentir la honestidad y el orgullo a golpes de razón, con los nódulos de su ademán vehemente, aristocrático, que hendía casi físicamente, para moldearla, la mentalidad impresionable del adolescente, del niño, del hombre en fin.

El Maestro estuvo muy cerca a la Presidencia de la República y su pecho cruzado por el tricolor con sus valores heráldicos habría sido urna purísima de grandezas en la magistratura suprema; lo acompañamos alelados en esas horas de triunfo, de Primer Designado o de Ministro, de Embajador o Consejero de Estado, a sabiendas de que a la siguiente mañana nos exigiría completa la lección como si nada le hubiera sucedido. Era el señor que practicaba con estilo sumo el "decíamos ayer..." de Fray Luis en su retorno.

El Maestro era tan íntegro y entero como la hoja toledana que no interrumpe su verticalidad sino para recibir la empuñadura de metal noble sobre los gavilanes heráldicos, cuando ellos se convierten en cruz asidua bajo el puño de los caballeros. Sus ojos eran de acerado azul que escrutaba las almas con agudos reflejos de psicólogo y sabían languidecer también ante los dolores de la tierra. Alguna vez los contemplé nublados cuando una conmoción inconfesable amenazó la integridad personal del Magistrado que encarnaba, con dignísimo arrojo, la autoridad de la patria. Entonces me hizo vaticinios sabios que venturosamente se cumplieron.

Cien años recién transcurridos de su advenimiento son un mero signo episódico de la cronología, pero significan el hito de lo que fue la presencia de un gran hombre, de todo un hombre, en los estamentos de la sociedad política que él entendió como instrumento de la misión providencial en su prédica del bien a las generaciones auditoras de su palabra y su cultura cristianas. El Maestro era un patriota.

EL SENTIDO DE LO PLASTICO EN LA POESIA DE RAFAEL VASQUEZ

Por: Lino Gil Jaramillo

Entre los años 1920 y 1925 surgió en Colombia la generación llamada de "Los Nuevos", integrada por literatos y políticos que le imprimieron un ritmo más acelerado a las actividades intelectuales del país. Estos, al romper la pausa de convivencia republicana que la generación del Centenario había aplicado como sedante al ardor con que el rescoldo de las guerras civiles ampollaba al alma nacional e insuflar a derecha e izquierda nuevos estímulos para la gestión de los negocios públicos; y los otros, al quitar del rostro de la poesía ese velo romántico que le infundía misterio y encanto seguramente, pero que prolongaba sin razón su viudez de movimientos literarios ya superados en Europa.

Los centenaristas fueron, en verdad, gentes muy aplomadas, circunspectas y tolerantes en política. En el plato de trigo del republicanismo se intentó hacer comer a tigres de tan diferente pelambre como Benjamín Herrera, Aquilino Villegas y Eduardo Santos. Pero la primera postguerra trajo nuevos estímulos e incitaciones al menester político. El factor económico empezó a jugar papel preponderante en el ajeteo de los partidos, y así fue como al paso que la izquierda con Jorge Eliécer Gaitán, Gabriel Turbay, Luis Vidales y otros que, como Alberto Lleras, no caben muy holgados dentro de esa denominación —sobre todo por el afán que han demostrado después en olvidar lo mejor de su pasado— revivía el fervido anhelo del general Rafael Uribe Uribe de que el liberalismo tomase principios constructivos de las canteras inagotables del socialismo, las derechas con "Los Leopardos" a la cabeza —Silvio Villegas, José Camacho Carreño, Eliseo Arango y Augusto Ramírez Moreno— preconizaban la "República Financiera", la regimentación agresiva de los cuadros políticos y la táctica de las manifestaciones procesionales en todo el país. En uno u otro sentido se buscaban —y vinieron— nuevas formas de relación en el campo ideológico.

Por su parte la literatura también se había mantenido como embalsamada, y hacia 1920, año hasta el cual llega el oleaje ya amortiguado del romanticismo —espuma de los mares del llanto— empezó a desentumecerse al influjo del temblor que le comunicaban poetas como León de Greiff, Rafael Maya, Luis Vidales y Rafael Vásquez. Las obras primigenias de estos autores (“Tergiversaciones” de De Greiff (1925); “La vida en la sombra” de Maya (1925); “Suenan timbres” de Vidales (1926) y “Anforas” de Vásquez (1927), marcan lo que pudiéramos llamar el deslinde de dos épocas poéticas.

Sobre “Los Nuevos” expresó Luis Vidales en “Cromos”, no hace mucho, esta juiciosa observación:

“El aporte de “Los Nuevos” a la transformación colombiana es algo que todavía no se ha apreciado en sus justas proporciones ni en sus proyecciones exactas. Generalmente se cree que fue un fugaz movimiento que produjo algunos poemas como el “Libro de Signos”, “Coros del Mediodía” y “Suenan Timbres”. Pero fuera del campo poético esa generación hizo cosas trascendentales que no se le reconocen. Ellos sacaron al país de la vieja casona del siglo diez y nueve. Le dieron importancia a Alfonso López cuando nadie creía en él. López reformador es “obra” de “Los Nuevos”. Las reformas del año 36 las propusieron y defendieron “Los Nuevos”. La reforma tributaria fue obra de Jorge Soto del Corral; la de la educación lo fue de Jorge Zalamea; lo nuevo que hay en los sistemas penales lo trajo Jorge Eliécer Gaitán; la cedula fue cosa de Gabriel Turbay. Algunos conservadores como “Los Leopardos” sacaron a su partido del caciquismo ultramontano y lo saturaron de ideas nuevas y de un estilo deslumbrante insospechado por los patriarcas de la gramática. Hombres como César Uribe Piedrahita, Alánzar, Edmundo Rico y Francisco Socarrás, le abrieron a la medicina, a la biología, a la psiquiatría, ventanas y caminos por donde comenzaron a llegar las más recientes teorías científicas. En el periodismo “Los Nuevos” lo transformaron todo, obligando a algunos centenaristas muy inteligentes a ponerse al día y sobre todo a mirar al país, ellos que siempre habían vivido de espaldas a él. Luis Tejada, Ricardo Rendón, José Mar, Juan Lozano y Lozano, Alberto Lleras, muchos otros, hicieron en el periodismo una verdadera revolución. “Los Nuevos” le dieron una nueva tónica al país, un nuevo estilo, una nueva respiración. Fue la última generación integral que ha tenido Colombia”.

A este grupo perteneció, como se ha expresado, el poeta Rafael Vásquez (Bogotá, 1899-1963). Si Max Grillo pudo decir a José Eustasio Rivera: “Usted ha debido ser escultor”, al leer los sonetos parnasianos en que el apolonida de “Tierra de Promisión” copió, como en un tapiz mágico, las escenas más vívidas del trópico deslumbrante, es a Rafael Vásquez a quien en realidad corresponde en la poesía colombiana el calificativo de poe-

ta plástico, de poeta en cuyos versos nos parece ver el relieve exacto de las cosas con la impresión de que podemos palparlas y determinar nítidamente sus contornos y su volumen. Así, pues, casi todos sus poemas de la época juvenil, especialmente los incluidos en su primer libro, “Anforas”, son de una plasticidad evidente, tanto en su conjunto como en sus imágenes aisladas. Veamos, como una primera maestra, el soneto “Los corceles de Atila”:

**“Regida por el ímpetu de la invasión, desata
la hueste invulnerable sus tenebrosos fines,
mientras, al sordo empuje que arrolla y desbarata,
por el espacio tiemblan los rútilos clarines.**

**Los aires, con un turbio rumor de catarata,
zumban tras los corceles de tomentosas crines
que van tascando frenos cuya crueldad de plata
les hace aventar rosas y avasallar confines...**

**Mas súbito —debajo la cúpula insegura—
se alza un obelisco de polvo en la llanura.
Pero cuando hacia Roma se orientan los anhelos**

**sobre la abierta pampa que el bárbaro tortura,
se curvan como un arco monumental los cielos
para que pase el triunfo de la falange oscura!”**

Ya en otro soneto, “Orgía bárbara”, dice que las greñudas legiones de los hunos dejaron ver “sus siluetas gigantes que cruzaron los orbes entre polvos de estrellas” y que a su paso “cien ciudades ardían como antorchas preclaras”. De Cleopatra al salir del baño, dice en el primero de los sonetos a ella consagrados, que “desnuda resplandece como una espada invicta”, en tanto que “fiel círculo de esclavos que la obediencia prosterne / como una gran guirnalda de bronce la circunda”, para terminar el segundo con estos tercetos de términos rotundos y elocuentes:

**“Después irgue los brazos —esos expertos lazos
fragantes— hacia el día que fulge hecho pedazos,
con ademán que abarca los horizontes rojos...**

**Gloriosamente escúlpense sobre el confin sus trazos
e inmóviles, entonces, tras ella, creen los ojos
ver cómo el sol poniente va muriendo en sus brazos”.**

Esta afición a las imágenes directas le venía de su apego a los temas de la antigüedad clásica, a los motivos en que griegos y latinos solazaron sus musas, y que en él no constituían vanos alardes de erudición sino simples consonancias de su formación humanística. De ahí que a la manera de Hesíodo y de

Virgilio gustase celebrar el tema de las estaciones, esos ciclos siempre antiguos y siempre nuevos en que la tierra cambia de traje como esas bacantes que desean agrandar con sus mutaciones de vestido, pero sin perder sus apasionantes rasgos esenciales. El Verano, por ejemplo, es exaltado en un soneto que tiene claridades de pastoral antigua:

**“Bajo el rojo crepúsculo cuyo encanto abochornan
los ardores de agosto, cruza el campo, tardía,
la carreta en que junto con las mieses retornan
tus eglógicas vírgenes, oh fecunda alegría!**

**Tras las altas doncellas los mancebos adornan
sus avenas de ritmos y, al brotar la armonía,
graves unes los párpados, añorantes, entornan,
mientras otras despiden con un cántico el día.**

**Pero a tiempo que el bronce de la noche perpleja
va combándose al modo de una olímpica ceja,
sobre el himno, despacio, rinde el sol sus fatigas.**

**Fulge el éter lejano de la tarde bermeja,
y es el carro sonoro de mujeres y espigas
como toda una fértil estación que se aleja!...”.**

Después, ante el Estío ya muerto, canta la enervante melancolía del Otoño y la inevitable y segura llegada del Invierno:

**“Si con mirtos, oh amantes!, hoy la vida os enyuga,
festonad vuestras sienes cuyo mármol se arruga
que mañana el Invierno será un lánguido huésped.**

**Pero aún, bajo el oro de este sol que subyuga,
vibraréis conturbados al sentir sobre el césped
cómo pasa la recia Zona Tórrida en fuga!...”.**

“Anforas” es un libro de juventud, de fuerza, de movimiento, de ritmo. Es como el breviario de un atleta en pleno goce de sus atributos físicos que amase además de las disciplinas del gimnasio la expresión de las emociones que deparan los sentidos, sobre todo los de la vista y el tacto. Son éstos, en efecto los que más se manifiestan en los poemas de Rafael Vásquez. Visión maravillosa del discóbolo que clava su pupila en el confín mientras desplaza en el aire el brazo triunfador; de la tierra que gira y ha de girar “hasta que, en medio del estupor solemne, Dios, grave como un César, apague el sol de un grito”; de las bocas de mujeres que le arrancan este verso tremendo: “Porque improvisa bocas amé un tiempo el puñal”. Tacto de los cuerpos tibios y los mármoles fríos. Vista y tacto, los dos sentidos más realistas y objetivos. Por lo menos diez sonetos de “Anforas”, los titulados “Orgía bárbara”, “Los corceles de Ati-

la”, “La tierra”, “Discóbolo”, “Cabelleras”, “Pan”, “La Enemiga”, “Apotéosis” (dos sonetos) y “Verano”, son verdaderos camafeos que no sucumbirán al orín del tiempo ni de la crítica.

El segundo libro de Rafael Vásquez es “Lauros”, haz de poemas de entonación wagneriana y beethoveniana, algunos de cuyos títulos, “La trompa de Eolo” y “Canto a la Alegría”, por ejemplo, dan una idea de su entonación y contenido. En “Urbe Mater” canta la ciudad amada, sus antiguas tradiciones, sus glorias, sus paisajes, sus propios recuerdos de infancia. Consagra sendas elegías a José Asunción Silva, ese Hamlet de la poesía colombiana; a Rubén Darío, el genial indio chorotega afrancesado por el modernismo, y a Isadora Duncan, la genial bailarina que confesaba haber adquirido el dón de la danza en el propio vientre de su madre, que se nutría de ostras y champaña, los alimentos de Afrodita. Vásquez quiso hacer de “Lauros” un libro monumental y solemne por la grandiosidad de los temas que convocó a sus páginas y por la entonación y diversidad de metros en que los realizó. No sabríamos decir si obtuvo, realmente, el resultado a que aspiraba, pues no es este género de poesía de catedrales y criptas el que más nos atrae.

La tercera obra lleva por título “La torre del homenaje” y es un extraordinario “tour de force” en que el poeta elogia a ciento once personajes que se cuentan desde Cristo y Carlos Marx hasta Bolívar y Juárez, desde Pitágoras y Esquilo hasta Andersen y Francisco de Asís, desde Shakespeare y Goethe hasta Wilde e Isaacs, desde Napoleón y Lenin hasta Ricaurte y Córdoba, desde Dostoiewski y Nietzsche hasta Baudelaire y Whitman, y desde María Bashkirtseff hasta Rosa Luxemburgo — todos aquellos que han tenido una significación especial en la historia del mundo— en ciento once sonetos en que no se emplean adjetivos. Los poemas están dedicados uno por uno a ciento once amigos intelectuales del autor y constituyen una obra singular en la poesía colombiana, y aun en la española, por la austeridad, precisión y esbeltez de la forma. Es verdad que la falta absoluta de adjetivos, adorna indispensable del estilo literario, comunica cierta dureza a los versos, mas el poeta quiso hacerlo así como para frenar la inspiración y someterla a normas de rigidez preconcebida. Recuerdo aún con honda emoción los tiempos en que el horno de la pasión creadora de Vásquez se mantenía encendido como una fundición de medallas y cada semana mostraba a sus amigos las nuevas realizaciones. En uno de nuestros encuentros me leyó los sonetos escritos hasta ese momento y me pidió le dijese cuál me parecía mejor. Escogí el de Anacreonte y nunca más volví a tener en cuenta el detalle. Y cuál no sería mi emoción al recibir el libro impreso en la Editorial A B C y ver que el artista me dedicaba el soneto escogido por mí como el mejor, el señalado con el número ocho de la primera parte del libro y en la honrosa compañía de Ger-

mán Arciniegas, a quien dedicó "Píndaro", y del ilustre Guillermo Valencia, cuyo nombre puso al frente de "Job".

Rafael Vásquez nació en Bogotá, como queda dicho, en 1899. Era de estatura media, más alta que baja, cuerpo magro, cabeza pequeña, cubierta por abundante cabellera ensortijada y de cortas ondulaciones, frente rizada de arrugas prematuramente y ojos pequeños y vivaces, protegidos por gruesos lentes de miope. El extraordinario parecido de su rostro con el de Giovanni Papinni de la primera juventud, hizo que alguna vez, en una publicación de "El Espectador", se confundieran sus clisés.

Se diría, sin embargo, que la naturaleza, siempre tan sabia para resolver sus contrastes, hubiera compensado la ninguna belleza de su conjunto físico con una fina percepción de lo bello en la vida y en el arte, con la pasión por las formas perfectas, con un exquisito gusto de orfebre del medioevo que se manifiesta en sus poemas de impecable arquitectura formal. Si fuéramos a escoger entre sus poemas uno, cuyo contenido pudiera tomarse como su credo de belleza, acaso ninguno cumpliera mejor su condición de prototipo que el soneto titulado "Narciso", que no figura en sus libros, ignoro por qué, y que dice:

**"Oh, tú, Narciso, quien por ser aquello
que es gracia y fuerza y juventud gloriosas,
puedes amarte y desdeñar las cosas
sólo porque hay esteticismo en ello.**

**Pienso yo ante tus manos armoniosas
así enlazadas al venusto cuello:
Si fuese un crimen torturar lo bello
para ponerme a torturar las rosas!**

**Mas no se qué desilusión me asiste;
pues si este afán de que mi ser se inviste
busca en el miedo la emoción de un grito,**

**ya ni el espasmo del horror subsiste:
ni siquiera ser triste es un delito
para tornarme inmensamente triste!"**

Pasada la primera juventud y el vigor pleno de la vida, el ímpetu creador y el entusiasmo, Rafael Vásquez empezó a envejecer prematuramente y a sentir que se desintegraba su arquitectura humana con extraña celeridad. Fue entonces su espíritu escenario de la lucha proustiana entre el Tiempo que todo lo destruye y la Memoria que trata de conservarlo todo. Esto lo vemos en su último libro publicado, "Ya pasó el sol", título de por sí pesimista y melancólico, como lo son casi todos los poemas que lo integran. Allí está su canto de cisne, su desgarradora elegía del adiós:

**"Perfumes, ritmo, hábitos de mujer —primavera
de oro y rosa!— a vosotras ¿para qué más me doy?
Cuánto há os di mi última y alta armonía! Cierto,
yo soy como esas rosas en que el color ha muerto.
Pero, asimismo, a ellas —a las más dulces— voy
en mi interior diciéndoles con qué melancolía
(trémulo azul... risueña lágrima... adiós del día!)
—Me voy!...**

Y se fue tranquilamente un día cualquiera de 1963 en su entrañable Bogotá. No vimos entonces acerca de este artista singular, cuya obra es un auténtico cofre de joyas inapreciables sino una nota del siempre cordial, efusivo y leal Agustín Rodríguez Garavito. Lo demás ha sido silencio. Parece que la mayor devaluación que estamos sufriendo no es la de la moneda sino la del aprecio a los valores espirituales.

Cali, septiembre de 1967.